

Mari Yan

El estanque

«Encenderé la lámpara de los sueños y bajaré al abismo».—*Rivière.*



UNA mera casualidad me conduce a esa vieja y característica casa de campo erguida entre dos quebradas y lejana a toda población. Al alba, aquel día, salí con tres amigos en excursión automovilística. Durante horas marchamos a lo largo de blancas y polvorientas carreteras deteniéndonos para almorzar frugalmente bajo la ramada de totora de una choza encajada en la depresión de la montaña. Seguimos después a prisa, cargadas las pupilas de visiones campestres mientras los resplandores del atardecer empiezan a surgir en el cielo. El auto se desliza rítmico, veloz, rasgando la gasa del aire, pero de pronto, en el desierto de una ruta, montaña adentro, una brusca falla de bencina nos impide continuar nuestra marcha.

Resolvemos dispersarnos en busca de auxilio porque ni choza ni alma viviente aparecen en torno. Camino hacia el oriente y, sin saber cómo, hechizada por

la agreste y desolada belleza del paraje, me voy internando en un laberinto de caminitos serpentinos hasta perderme del todo.

Desorientada, me detengo un instante. ¿Qué dirección tomar para acercarme al punto en que ha quedado el automóvil detenido? Ningún signo que me guíe. Por todos lados una espesa vegetación me nubla la vista y me cierra el paso. Litres, romeros, chirimoyos, espinos, estrechan el sendero haciéndolo casi intransitable y mis pies apenas pueden avanzar abrazados por los cardos y malezas indómitas. Al fin doy un ligero grito de placer: a lo lejos, perdida en la solitaria exuberancia, aparece una inmensa casa campesina, ancha y quieta. Apuro el paso porque el sol va a extinguirse y, diez minutos más tarde, penetro al recinto de un parque algo exótico en cuyo fondo un grupo de olivos gigantes envuelve con su sombra temblorosa el altivo perfil de la casa.

Dos cosas me sorprenden al cruzar el pórtico de madera ricamente labrado en cuyo alero varias palomas se mantienen inmóviles, prestando al cuadro su láctea mansedumbre. Dos cosas: primero, un silencio profundo en torno, tan profundo cual si la existencia hubiera quedado suspendida allí, en ese umbral; y luego, el interminable corredor conventual de rojos ladrillos coloniales que arranca desde la entrada misma de la casa. Es tan largo, tan largo, que da la impresión de desembocar al final de la tierra, en pleno espacio, allí donde los seres humanos no pueden alcanzar.

Empujo la pesada puerta que se entorna chirriante y entro sobrecogida a un gran cuarto amueblado y desierto. Luego a otro y a otro, todos idénticos e impregnados de un aroma muy vago que recuerdo haber sentido en sitios que han visto pasar seres y cosas sin renovarse. Por todas partes me miran lámparas, espejos y péndulos, bañados en tibios efluvios de vidas humanas.

Llamo. Nadie responde. Mi imaginación sobreexcitada, me empuja a seguir adelante a través del polvoriento silencio de la casa, pero, en ese momento, creo escuchar cerca de mí un atropellado murmullo de voces. Sigo con angustia el sonido: en un enorme comedor, alrededor de una mesa de caoba repleta de manjares y bajo las luces de una pesada y rica lámpara de cristal, innumerables personas de todas edades, conversan. Algunas tienen un aspecto tan etéreo, tan diáfano, que parecen espectros.

Yo no conozco a nadie y nadie fija en mí su atención. Mi insólita llegada no interrumpe ni un instante la charla. Me sitúo en un rincón, dispuesta a observar. Muy cerca, un hombre maduro, de cabellos grises y extraños ojos alucinantes, habla con autoridad y es escuchado religiosamente por un grupo de personas. Como los otros, yo escucho también con atención.

— ...salirnos de la cárcel de nuestro cuerpo, dice, para seguir la huella esotérica de lo desconocido. Así, por ejemplo, la nada es negra, densa, insurcable, pero más allá de la nada...

Siento que va a decir cosas extraordinarias y con avidez clavo mis pupilas en sus labios. Pero, en ese momento, el murmullo de algunas voces a mi lado, me impide oír el resto de la frase. ¿Quién es este hombre? A pesar de mi interés por él, me siento extraña en aquel medio, ajena a las preocupaciones y a las alegrías de esa gente. Me dispongo a partir cuando un joven de ardiente mirada, de cuerpo elástico y esbelto, avanza precipitadamente hacia mí desde el extremo opuesto de la sala y murmura mirándome a los ojos: «¿Es Ud?». Yo comprendo en el acto que ese hombre joven está como yo fuera de ambiente en aquella vieja casa. No lo he visto nunca antes y sin embargo siento la impresión de que venimos caminando juntos desde lejos. «¿Es Ud?», pregunta de nuevo con impaciencia. Yo hago un signo afirmativo con la cabeza. «La he buscado a través del tiempo, agrega él. ¿Quiere seguirme? Me llamo Gerardo». Su tono es a la vez autoritario e implorante. Sin esperar mi respuesta, se abre paso entre la bulliciosa concurrencia y sale. Yo marchó atónita tras él. Hace rato que se han borrado de mi mente el automóvil detenido por falta de bencina y mis amigos ansiosos en el desierto de la ruta. ¿Qué importa ya todo eso? Lo esencial es este mundo nuevo a que he entrado de súbito y que alumbra cual una llama.

Sigo con naturalidad la silueta serpentina de Gerardo. Afuera, la noche empieza a volcar sus telones de ébano sobre el paisaje. Todo está quieto y la vege-

tación del parque se disuelve en tintes muertos. Los olivos se destacan más abiertos, más nítidos, y en el suelo la sombra del follaje traza reflejos temblorosos. Más allá del parque, las quebradas, a nuestros pies, semejan hondos lechos aromáticos. ¿A qué huelen? A retamos, o más bien, a lirios pisoteados, y sin embargo es raro, porque empieza el invierno.

—Eres como un pedazo del paisaje, me dice Gerardo.

—¿A dónde vamos?—le pregunto.

—Qué importa,—contesta fervoroso. No seguimos huella alguna. En esta noche tan clara, tan hermosa, es imposible unirse ni entenderse bajo los techos.

Su lenguaje me regocija y me sorprende, pero guardo silencio. Atravesamos interminables avenidas, inmensos claros envueltos en grises crepusculares. El paisaje es tan variado que siento la impresión de estar hojeando un gran libro de imágenes en el que a cada página el tema se vuelve más coloreado y más intenso.

Qué lejos ha quedado la vieja casa. Qué lejos todo lo que no sea el minuto presente. Mis preocupaciones de ayer, ya no son preocupaciones; mis alegrías de ayer, han dejado de ser alegrías. Sólo una cosa cuenta: seguir, seguir avanzando. Porque mientras marchó junto a él, a Gerardo, un soplo extraño me transfigura. Me descubro alma de golondrina, yo que fui siempre lánguida; me descubro alma de exploradora, yo que fui siempre inerte. Y avanzo, avanzo, cada vez más gozosa, sin que mi curiosidad necesite romper el hechizo.

zo formulando preguntas inútiles. ¿Para qué? Estoy ligada ahora a un destino que no es el mío. ¿Dónde vamos Gerardo y yo? Poco importa. Vamos... Es lo esencial.

Al pie de una montaña poblada de animales, él se detiene ligeramente y me sonríe.—«¿Acaso le será penoso subir?»—inquire. Le respondo con otra pregunta:—«¿Nota que en esta región, a pesar de la noche, los insectos tienen un color intenso y violáceo? Y los hay por millares. Nunca vi reunidas tal cantidad de alas...—En verdad, es curioso y muy bello, observa él. Trepemos, si quiere...»

La impresión de que con él penetre a un mundo maravilloso y nuevo, es ahora precisa. Como a través de una cortina transparente pasamos a través de ese universo de alas. Arriba, la noche tiene claridades de día. Rendidos por la larga ascensión, nos dejamos caer en un faldeo bajo unos viejos pimientos. ¡Ah, cuánto me gustan los pimientos con su fragancia un poco picante y con sus menudos racimos que semejan perlas sonrosadas!

Falta aún mucho para llegar a la cumbre. ¿Y qué importa no llegar? Seguimos tendidos en la tierra cresta y dura del faldeo. Los alados insectos han desaparecido ahora de nuestro horizonte, pero en cambio, una legión de rojizas hormigas lo invade todo. Suben por mi vestido, acarician mis brazos desnudos, mi espalda, y son tantas las que en rojo cordón pasan al borde de mi echarpe, que lentamente la van haciendo resbalar

de mis hombros. A lo lejos se siente, muy vago, un ruido continuado y armónico, como el de las aguas de un gran río que corre.

—Estás más linda aun sin tu echarpe, murmura Gerardo mirándome. ¿Sabes? Al encontrarte, me he encontrado a mí mismo. Tengo sed de tu piel, tengo sed de tus ojos... Hundo mis sienes en los pliegues de tu traje de lana y siento que entro a un país nuevo, recién descubierto, de dos habitantes. ¿Quiénes son, de dónde vienen, cómo se llaman? No importa. De pronto son otros seres, distintos, sin procedencia ni nombre. Sencillamente pasaron a ser ellos mismos. Me quedaría horas mirando tus dedos largos como raíces de azucena y las hebras de tu pelo que el viento agita y que parecen luces. No sé cómo te llamas, pero te llevo dentro de mí, como una caricia, junto al corazón. Ven, junto a mi corazón...

Siento sobre mi rostro su respiración anhelante.

—Triguita..., balbucea.

¿Por qué me llama Triguita? Acaso porque ignora que mi nombre es Alina, acaso porque hay aun en mi piel aromas de trigales y huellas doradas de sol...

—Triguita, continúa, tú sabes y ves que eres para mí la verdad, que somos mutuamente la verdad...

No respondo, pero reclino mi cabeza sobre su hombro, luego me echo de espaldas sobre las hierbas de la montaña y me envuelven sus brazos y me envuelve fuerte su varonilidad. Como un solo ser, se unen nuestros dos seres y es tan sobrehumana la fuerza que nos

enlaza, que parece que nuestras almas se evadieran de su envoltura material para mezclarse. Sí. A través de la carne llegamos el uno al otro, nos comunicamos, nos penetramos. Y con qué salvaje vehemencia siento en mis oídos las pulsaciones de su corazón.

Pero de pronto, nuestro ímpetu es detenido por una especie de presentimiento rápido. Bruscamente me desprendo de su abrazo y miro a mi alrededor, en la claridad nocturna. Una sombra alargada se dibuja a nuestro lado: bosquejo gris trazado sobre las malezas ásperas del suelo. ¿Qué intruso espectro es el que viene a turbar esa maravillosa fusión nuestra, esa entrevista que transcurre más allá de la profundidad abstracta del espacio y del tiempo?

—Sigamos, suplico en voz baja y precipitada a Gerardo. Algo inexplicable ha venido a romper el encantamiento que nos sujetaba...

Intentamos continuar la marcha, pero en ese instante, el mismo hombre de edad incierta, cabellos grises y alucinantes ojos claros que dejamos pontificando en la vieja casa de la llanura, nos corta el paso. ¿Cómo se encuentra aquí? ¿Cómo ha logrado tomarnos la delantera, a nosotros que hemos caminado rápido, que hemos corrido casi y que recién nos echábamos en el suelo a tomar un descanso? Cuando salimos de la extraña casa, quedó instalado en el comedor saboreando a sorbos lentos su taza de té y sin asomos de querer marcharse. Ahora está aquí en el faldeo y parece bajar de la cumbre. ¿Cómo ha podido hacerlo? Llegar

en vehículo, a través de los empinados caminillos cubiertos de vegetación desordenada y salvaje, es imposible. Forzosamente ha debido venir a pie, como nosotros. Pero ¿por qué misterioso atajo? Todo ello es un enigma que no logro descifrar. Lo único que sé, concreto, es que ahora, erguido en medio del camino, nos cierra el paso.

—¿Por qué interrumpe nuestra soledad, por qué detiene nuestra marcha?—increpa violento Gerardo.

—Es inútil seguir,—responde el viejo.

—¿Por qué?—inquire de nuevo Gerardo.

—Hay una epidemia atroz. Obstinarse en seguir es coger la ceguera total, que en eso consiste la epidemia de la región.

—Pero, no podemos permanecer toda la noche aquí, a la intemperie. Ni volver, porque hemos perdido toda huella. Además, al mezclarnos de nuevo a la gente dejaríamos de ser nosotros mismos y todo cambiaría...

—Hagan como gusten, pero les advierto: más allá los aguarda la ceguera total.

—No me convence,—exclama Gerardo. Seguiremos andando.

Y con brusco ademán echa a un lado al hombre de los cabellos grises. Pero éste posa sobre mi hombro su mano ajada y transparente mientras pronuncia con calma: «Ella no seguirá».

—Gerardo, grito. Esto parece un sueño.

—Es un sueño, murmura mi amigo gravemente.

En ese instante, un enorme pájaro atraviesa volando

entre nosotros dos y roza casi mi frente con sus alas oscuras y blandas. ¿Es un buho? Alcanzo a percibir la irónica mirada de sus redondos ojos de ave de presa antes de que se pierda en el cielo vetado de rojo. Siento una sensación de vacío a mis pies y estiro los brazos pidiendo a Gerardo la protección que está ansioso de darme. Pero, con horror, con desesperación, veo que no está ya a mi lado.

Toda la sangre de mis venas afluye a mis sienes en pulsaciones desorbitadas.

¡Gerardo!

El grito que arranca de mis entrañas se despeña montaña abajo y va a quebrarse contra el inmutable clima de la naturaleza que me rodea. ¿Cómo explicarme el brusco e inesperado desaparecimiento de Gerardo? ¿Dónde, dónde se encuentra?

El hombre de la clara mirada alucinante, ese hombre que no tuvo para nosotros ni piedad, ni comprensión, ni fe, me contempla tristemente, como si quisiera ayudarme. Pero su presencia me parece, ahora terrible como la fatalidad o como el huracán que en su ciego pasar todo lo azota y todo lo destruye.

Entretanto, el cielo se torna lívido. Jirones de nubes en engranaje agresivo, se agitan y se arrastran sobre nuestras cabezas, y la noche es una cosa viva, tangible, que me oprime. Los animales que poblaban el monte, parecen haberse despertado de súbito porque se escucha por todos lados un ruido como de marea que sube; llamados claros, tumulto difuso, extraña sinfonía

que se precisa en coro interminable, apasionado. La montaña entera habla. Los árboles también parecen cobrar vida: giran, se acercan, se alejan, en vibración continua.

Yo permanezco paralizada de espanto. No puedo acostumbrarme a ese brutal vaivén que, de un mundo de luz, me arroja, sin razón, a un mundo de atroz obscuridad. ¡Gerardo, borrado de mi vida, porque sí, violentamente, y yo detenida en medio de una naturaleza desconcertante y hostil. Sin él soy como planta arrancada de raíz a la tierra. Y mi laxitud, más grande aun que mi pavor, me incapacita, como en los sueños, para mover un solo miembro. No quiero que siga la vida, no quiero que vuelva a alumbrar el sol, ahora que he perdido a Gerardo. Me es igual permanecer por una eternidad en la desolación de la montaña y sólo siento el deseo de desplomarme exhausta en la obscuridad profunda.

Pero, súbitamente, de mi misma debilidad saco fuerzas y sin pensar en el hombre vigilante que me penetra siempre con su pupila aguda, huyo cual una bestia herida, camino abajo.

Aquí hay una zona oscura. Debo haberme dormido algunas horas en campo raso, debo haber caminado muchas, porque, de pronto, en medio de mi trastorno emocional, noto que la luz matutina rompe tímidamente la membrana azulada del cielo. Minutos después me encuentro en los extramuros de una ciudad, frente a un gran edificio blanco.

Mi traje está despedazado y cubierto de espinas. Mi echarpe de lana quedó prendida en una mata de cardos dentro del rojo dominio de las hormigas. Atonada por el cansancio y por el mágico imprevisto de aquel día singular, penetro al edificio blanco sin saber bien por qué, tal vez porque cual una meta se presenta allí a mi vista. Pero con estupor veo que tras el umbral, cerrándome el paso, se yergue el hombre de edad madura y de espectrales ojos que consciente e inconscientemente destruyó mi fusión con Gerardo.

Se aproxima a mí con naturalidad. «¿Quiere verlo?» pregunta sereno. Una sola palabra arranca de mis labios: Gerardo.

«Venga . . . » dice él conduciéndome a lo largo de un pasadizo estrecho y blanco. Comprendo que estamos en una casa de salud. Médicos, profesores y enfermeras se inclinan obsequiosos ante mi acompañante. Entramos a un gran cuarto desnudo y allí, tendido boca abajo, sobre una mesa de operación, veo a Gerardo. Reconozco con ansiedad dolorosa su largo cuerpo serpentino y elástico, sus cabellos oscuros.

—Gerardo balbuceo. ¿Qué te han hecho?

Al murmullo de mi voz, él vuelve la cabeza hacia arriba y sus ojos, encendidos como lámparas, me miran. Me miran sin verme, según me doy cuenta en seguida. Entonces sus manos me palpan, corren a lo largo de los pliegues de mi traje de lana.

—No te inquietes por mí, murmura. Separarse es

soportable, lo atroz es desunirse. Y eso no va a ocurrir.

La voz del médico jefe que se dispone a operarlo, resuena autoritaria: — «Es una enfermedad extraña, dice. No es la ceguera corriente».

Entretanto, las cofias blancas van y vienen por la sala como palomas candorosas. Pero, de pronto, el médico frunce el ceño y exclama gravemente: «Es inútil tentar nada ya: ha muerto».

No sé por qué no realizo bien la terrible catástrofe que para mí significa esta muerte. La frase resbala sobre mi estupor un poco inconsciente y de nuevo me parece que sueño. Las cosas han ocurrido como fuera de la realidad y del tiempo, en un ritmo desbocado y fantástico. Desconozco cuánto me rodea y me siento perdida en una noche incoherente bajo cuyas tinieblas los sucesos llevan un martirizante movimiento pendular: sí... no... sí... no...

Lloro suavemente. Me sorprende la dureza de una enfermera maciza y rubia, de rasgos acentuados, que me dice con frialdad mientras se dispone a cubrir el cuerpo de Gerardo con un lienzo: «En este recinto no se llora». Otras enfermeras, muchas otras, entran al cuarto trayendo ramos de largas y pálidas flores sin nombre. Empiezan a arrojarlas sobre mi amigo, pero entonces ocurre algo extraordinario: al contacto de los pétalos, la lívida piel se colorea; el cuerpo yerto se estremece. Una racha de pánico atraviesa la estancia; las enfermeras detienen el gesto dadivoso de sus manos

mientras el médico, febrilmente, toma el pulso del muerto.—«Este hombre vive aún, exclama. Su corazón vuelve a latir».

Yo siento que una ola de sangre abrasa mi pecho y mis mejillas. ¿Qué significa todo esto? Sé que no estoy soñando. Y sin embargo... Me precipito a la mesa de operación y de nuevo suspiro: Gerardo... «Como no me responde, rozo dulcemente con mis dedos sus cabellos oscuros. Entonces, cual la primera vez, él vuelve la cabeza hacia arriba y me mira. Pero yo lanzo un grito de horror porque... no es él, no es Gerardo. En vez de la quimérica y ardiente fisonomía de mi amigo, tengo ante mí, otra. Otra.

Parece que mi destino, ahora, es vivir en este desesperante movimiento pendular: sí... no... sí... no...

—¡Gerardo ha desaparecido!—grito. ¡Este hombre no es él, han cambiado su cuerpo!

No he concluído la frase cuando veo surgir otra vez a mi lado al hombre de los cabellos grises que tan extraño papel ha representado en los acontecimientos. Sus ojos claros, más espectrales cada vez, semejan ahora las vacías pupilas de una estatua. Las fija en mí, veladas, misteriosas, y pronuncia lentamente: «Este hombre se asemeja a Gerardo, jugará idéntico rol en su vida. ¡Qué importa que hayan cambiado su cuerpo!»

El paciente, como para apoyar esta frase, desde la mesa de operación me sonríe. Médicos y enfermeras aprueban con la cabeza.

Pero yo continuó petrificada. ¡Ah, había encontrado la perfección, pero la perfección sólo existe en los sueños y es lógico, ahora que se desvanezca! ¿Qué han hecho de Gerardo, ciego? ¿Y en qué momento, sin que yo lo perciba, han sustituido su cuerpo por otro?

Detener las horas, detener el día, detener la vida...

Hago tentativas inútiles: con pupilas brillantes de ansiedad voy a través de las salas buscando ojos, bocas, en los que pueda leer como en el libro vivo que fueron para mí los ojos y la boca de Gerardo. Pero no encuentro nada. Cuerpos, cuerpos indiferentes. Ojos. ojos indiferentes...

Salgo del recinto extraño y atravieso esa blanca ciudad sin historia y sin nombre. Afuera hay un resplandor indeciso, como de atardecer. Sigo el pálido rastro del sol y me interno campo adentro, siempre en busca de Gerardo. ¡Encontrarlo es como recuperar de nuevo mi propio aliento! Siento que para ello debo volver al punto de partida, a la ancha casa silenciosa. Pero ¿cómo? ¿Qué dirección tomar?

Guiada por mi solo instinto, camino con febril precipitación. Grupos de pájaros pasan en negra caravana sobre mi cabeza. Cuervos marinos. ¿Es que, por casualidad, estará cerca el mar? Un reflejo pajizo baña la tierra. «No debo asustarme, me digo, por este tinte amarillento sobre el paisaje...»

Aquí, de nuevo, hay un hoyo de abismo en mi memoria. La complicada tapicería de mis recuerdos apa-

rece cual inmensa gasa desgarrada. No sé por qué se cortan así de continuo los hilos que entrelazan la trama de aquel día. Debo, como antes, haber caminado largo tiempo, pero, lo que de pronto me inquieta, es no encontrar la montaña poblada de animales. ¿Es que, por azar, habré equivocado la ruta? ¿Y si nunca ya la volviera a encontrar?

Suspiro, me agito nerviosamente. Estoy exhausta, tengo sed y hambre. Pero... ¡Ah, qué alivio! Una exclamación regocijada sale de mi pecho porque reconozco de repente el bosquecillo de olivos que precedía la casa. Lo curioso es que no vea la montaña... No importa, ya. Unos pasos más, una encrucijada, y allí detrás, la víspera, se me apareció cual visión mágica la ancha casa acogedora entre sus hondas quebradas.

Ahora me detengo perpleja. «O las cosas carecen de sentido común o estoy soñando...», me digo. Porque he atravesado el bosquecillo, el parque, la encrucijada que conozco bien y... ¡nada! Ni rastro de quebradas ni de casa. Sin embargo, como la víspera, empiezo a sentir olor a retamos, a lirios pisoteados. Si estoy viviendo en lo irreal ¡qué benévolos deben ser esos fantasmas que, en invierno, perfuman el ambiente de efluvios primaverales!

Sigo andando y más lejos, allí donde debería estar la casa, viene a mi encuentro ese aroma que me deleitó en el melancólico escenario de los cuartos desiertos, ese aroma evaporado, añejo, indefinible, que despiden las cosas holladas por el tiempo. No sé qué

pensar. Acaso la emoción y la fatiga me impiden percibir a mi alrededor los objetos y me hacen víctima de trastornos alucinatorios.

Debe ser tarde porque ahora hay estrellas en el cielo. Pero ni la casa, ni las quebradas, ni el largo corredor de ladrillos coloniales aparecen por ningún lado. «Aquí había lámparas, espejos y péndulos, me digo pensativa. Espejos, sobre todo, innumerables espejos nublados por el ala del tiempo».

«¡Hay uno todavía!» exclamo en voz alta sorprendida. «¡Hay uno!».

Porque a mis pies aparece un espejo gigante y en él veo reflejarse mi imagen, alargada y quimérica. Me inclino hacia adelante como si quisiera fundirme con esa imagen mía que me enfrenta desde el fondo. Pero retrocedo bruscamente: el espejo en que me miro es un estanque, un inmenso estanque, inmóvil y verdoso, cuyas aguas emanan un olor extraño, sutil, deprimente como el éter cuando flota nauseabundo en la atmósfera.

Ahora tengo la certeza absoluta de que al otro lado de esa agua inmóvil encontraré a Gerardo.

«¡Triguita...!» A través del espacio su voz vibra ardiente, perentoria, llamándome.

«¡Gerardo!» respondo radiante. Y pienso: «Orillar el estanque o correr sobre él cual si fuera realmente un espejo...»

Pero no puedo hacerlo porque en ese momento ocurre un hecho incomprensible, insólito: sin que hasta

hoy me explique cómo, una estrella filante cae súbitamente del cielo a las turbias aguas del estanque. En el silencio total se oye el chasquido del astro que rompe la lisa lámina de la superficie haciendo describir al agua innumerables círculos.

El estanque, cual monstruo arrancado de su sueño, se encrespa, se hincha, ruga y se agita en oleaje tormentoso y creciente. Ahora, en vez del espejo dormido, es una fuerza exasperada que devora caminos y rastros.

Entonces comprendo que es vana mi obstinación en mezclarme de nuevo a Gerardo. No lo veré nunca más. Esa maravillosa fusión nuestra fué un milagro y, como los milagros, no tendrá repetición.

Ya ni siquiera oigo su voz, sofocada por el monstruoso oleaje. En un chispazo de claridad sobrenatural de mis sentidos, alcanzo a divisar su silueta borrosa allá lejos, muy lejos, en la otra orilla del estanque. Pero ya no sufro. La conciencia de que toda rebelión es inútil, me envuelve en una especie de resignación dulce ¡Tanto esfuerzo me digo, para llegar a esta conformidad, a esta mansedumbre ante lo inevitable!

Comprendo, sin dolor, que siempre quedaremos al borde de riberas opuestas, separados por algo desenfrenado e implacable. Que ese hombre que, entre dos, supo crearme un mundo mágico y darme una sensación de eternidad, se esfuma en la distancia. Y que yo, mientras viva, tendré que permanecer a este lado del agua. Sola.